

UNA RIQUEZA RECUPERABLE

Hay que eliminar los embalses, que no sólo han cubierto ya su vida útil y han dejado de ser rentables, sino que son peligrosos desde el punto de vista ecológico

El Guadalquivir y los sollos



José
Prenda

EL último número de la revista *Azotea*, editada magníficamente por el Ayuntamiento de Coria del Río (Sevilla), está dedicado en su totalidad al sollo, al otrora famoso esturión del Guadalquivir, conocido científicamente como *Acipenser sturio*. La revista está profusamente ilustrada con fotografías de la mitad

del siglo pasado donde aparecen retratados numerosos ejemplares de este primitivo e inusitado pez, de aspecto algo extravagante. En ocasiones, piezas de más de dos metros y 70 kilos de peso. Nadie queda indiferente ante estas imágenes. ¿Pero esto se pescaba en el río?, pregunta atónito más de uno. Pues sí, se pescaba.

Este pez migrador antaño remontaba las aguas del Guadalquivir, desde Sanlúcar de Barrameda hasta Cantillana y quizás hasta Córdoba, para depositar allí sus huevos y cumplir su ciclo de vida. Las referencias a los esturiones del río grande de la Bética parten de la antigüedad. Su importancia fue tal que dio origen a una industria de producción de caviar en Coria del Río. Pero esto fue ayer. Hoy ya no queda ningún sollo. Aparte de estos peces, el Guadalquivir también fue rico en otras especies migradoras, como sábalos, sabogas o lampreas, ancestral fuente de riqueza de los pueblos ribereños.

A pesar de su valor ecológico, económico y sociocultural, ni los sollos, ni su cohorte de especies acompañantes apenas despiertan nuestro interés. Pero no podemos desistir del empeño de recuperar a estos peces y sus hábitats. Antes al contrario, devolverlos al río puede servir de coartada para salvaguardarlo. Es la teoría de la especie paraguas. La protección de una sola especie sirve para conservar su hábitat y al conjunto de seres que viven en él. Los lince garantizan la conservación del monte mediterráneo y de las especies que en él habitan. Los sollos no lo tendrían tan fácil. El río Guadalquivir presenta un grado de deterioro tal que no es escenario adecuado para aplicar la teoría de la especie protectora.

El río presenta problemas de calidad de aguas, de navegación fluvial, de pesca ilegal excesiva... Pero de todos los factores que alteran el hábitat fluvial y conducen a la extinción a su fauna, el más importante es sin duda la construcción de presas, la creación de embalses. El Guadalquivir, como de todos es conocido, es un río profusamente regulado, donde probablemente ya no quede sitio para construir nuevas presas. El agua es el recurso esencial para la supervivencia y el desarrollo de las poblaciones humanas, al igual que lo es para la práctica totalidad del resto de los seres vivos. Los embalses facilitan el uso del agua, incrementan su disponibilidad y son fuente de desarrollo de las sociedades humanas. Pero también son una forma de alteración, de

deterioro de ecosistemas muy valiosos y frágiles, poseedores de una elevada biodiversidad. Y una consideración adicional: los embalses envejecen, no son eternos. Al cabo de un cierto tiempo pierden su capacidad de almacenar agua, las presas se deterioran y su seguridad empieza a verse seriamente comprometida.

Los embalses transforman drásticamente el río, un ecosistema muy peculiar dominado por la corriente, por el continuo fluir del agua. El embalse es un depósito inestable de agua. Las presas son barreras infranqueables para los peces, por lo que acaban fragmentando las cuencas, dividiéndolas en una serie de compartimentos estancos sin apenas conexión. Al final, la ictiofauna del embalse, que es un nuevo ecosistema, se simplifica respecto a la del río y desaparecen las especies originales que son sustituidas por otras exóticas. Los embalses se convierten de este modo en potentes agentes de extinción.

Puesto que los embalses son necesarios, pero a la vez son causantes de extinción de sollos y de otras especies migradoras, y dado que poseen un periodo de explotación limitado, eliminemos todos aquellos que ya no sirven, o que sirven poco, y que incluso pueden ser peligrosos para las gentes y bienes situados aguas abajo de los mismos. Con ello se restablece el régimen de caudales natural del río. El río se recupera. La corriente retoma su protagonismo y ella sola se encargará de reestructurar el cauce, de crear frezaderos donde se vuelvan a reproducir los peces. Y la riada, antes imposible, arrastrará aguas abajo y dificultará seriamente el asentamiento de la fauna exótica que diezma las poblaciones de peces nativos. En definitiva se libera al río que antes estaba atenazado, se hace más permeable para muchas especies, se comienza a abrir un horizonte de esperanza para la vuelta de los esturiones y de los sábalos y de otros peces hoy escasos.

Estados Unidos, espejo en el que nos miramos en tantos aspectos de nuestra vida, están iniciando un activo proceso de revisión de su política hidráulica que incluye la demolición de presas, en muchos casos no sólo porque hayan cubierto su vida útil y/o hayan dejado de ser rentables económicamente, sino por motivos ecológicos. ¿Qué beneficios generan en la actualidad las presas de Alcalá del Río, de Cantillana, de Peñaflor, o de Marmolejo, por poner sólo algunos ejemplos? ¿Cuál es su rentabilidad económica, cuál es su nivel de seguridad y cuáles son sus costes ambientales? El Guadalquivir, no sólo Doñana y sus lince, debe recuperarse. Y ello pasa por devolverle la funcionalidad fluvial que le permita alcanzar la potencialidad de ser el hábitat renovado de los fantásticos sollos.